

XXV

Sorpresa.

Habían trascurrido dos días y en tan breve plazo se había operado en Benedetta una verdadera metamorfosis.

Había querido morir; pero la muerte á los veinte años, ¡es tan triste!

El recuerdo de su hijo la sostenía en las más rudas pruebas.

Al día siguiente de su instalación en la calle de Visconti, había sido admitida en un almacén de lencería situado al otro lado del Sena, en la calle de Saint-Honoré.

Los Causседé eran antiguos parroquianos de aquel almacén, titulado La Aurora, y el joven había dado á su protegida una tarjeta de recomendación, mediante la que en seguida la prometieron una plaza que dejaba vacante una oficiala que iba á casarse y establecerse en provincias.

¡Qué alegría!

El porvenir se la presentaba lleno de promesas.

La joven se había levantado muy temprano.

En los jardines que rodeaban la vieja casa había una explosión de vida; era la juventud de la naturaleza, la primavera que se presentaba radiante y espléndida.

Los árboles se cubrían de menudas hojas, los pájaros lanzaban cortadas notas

de alegría, las flores de las acacias embalsamaban el ambiente.

Benedetta salió, diciendo á la señora Piot, que limpiaba la escalera:

—Me voy. Volveré algo tarde...; después de medio día.

—Que la señorita lo pase bien—contestó la portera melosamente.

Benedetta llegó á pie hasta la estación de Montparnasse. Allí tomó un billete de tercera para las Clayes.

El camino de París á las Clayes no es largo.

Cuando bajó del tren apenas eran las diez de la mañana.

En un momento Benedetta llegó hasta el pueblo.

La casa de la nodriza se encontraba en un extremo, del lado de la estación.

Benedetta entró valientemente sin ocultarse, sin cubrirse el rostro como en sus anteriores visitas.

¿Qué podía importarla la opinión del mundo?

¿No había de verse eternamente despreciada por su falta?

Decía *su falta*, con amargura, porque nadie hubiera creído en su inocencia.

Su partido estaba tomado; Causседé le había dado valor; la quedaba su conciencia, que era todo, y era bastante.

La puerta estaba abierta y la nodriza había salido al jardín, á dos pasos.

El niño, el pequeño Juan, dormía en su cuna.

Benedetta levantó con cuidado la pobre cortina de lona que le cubría, y cubrió de besos la cara de su hijo, procurando no despertarle.

Las lágrimas de la madre humedecían el resto del pobre niño.

—Siempre te querré—le decía—y quién sabe, puede que algún día esté orgullosa de ti, como estaba orgullosa de mi pobre padre.

En aquel momento entró la nodriza con un saco de ropa que exhalaba un agradable olor de limpieza.

—¡Ah! es usted. El pobre ángel está durmiendo. Bien lo necesita, ¡porque es tan delicado!... No se parece á usted—dijo á Benedetta—pero hay que quererlos como son, guapos ó feos.

El niño era extremadamente moreno, casi negro, y estaba tan débil que inspiraba compasión.

—Si siquiera tuviese salud—prosiguió la campesina;—pero el pobre ha estado muy malito. Yo le quiero como si fuera mío...

Benedetta permaneció dos horas en las Clayes, dos horas de tranquila felicidad.

Cuando iba á retirarse, la nodriza le dijo señalando al niño:

—No tema usted nada por él, está en buenas manos; no sé como hay quien tenga valor para maltratar á estos angelitos.

Benedetta, enternecida, abrazó á los dos, besando á su hijo con ansia loca, y se dirigió nuevamente á la estación.

Sería próximamente la una de la tarde. No vió á un hombre de gran estatura que la seguía á alguna distancia.

Se necesitaban ojos experimentados para reconocer en él al agente Brichard.

Se había adornado con cortas patillas grises y un amplio bigote algo más negro.

En la estación de las Clayes entró en el mismo departamento que la joven, pero no la dirigió la palabra.

Únicamente que, desde aquel instante, no volvió á perderla de vista.

Cuando la joven llegó á su casa, calle de Visconti, el astuto Brichard estaba en la esquina de la calle de Bonaparte, y la vió desaparecer detrás de la puerta guardada de gruesos clavos.

Llegó al portal y lanzó una mirada inquisitorial en el vestíbulo.

La casualidad quiso que distinguiera á la señora Piot.

La llamó con una seña que la hizo estremecer de alegría.

La idea del hombre inmensamente rico era la constante preocupación de la viuda.

—¡Chist!—dijo el agente llevándose un dedo á los labios.—Puede usted ganar una buena cantidad; pero es indispensable la discreción.

La señora Piot temblaba de emoción.

Como le había dicho Caussedé, aquello era pura novela.

—¿Y qué hay que hacer para servir á usted?—preguntó la viuda.

—Por de pronto, contestar á mis preguntas.

—¿Y después?

—Ya veremos.

—Hable usted.

—Hace poco se ha instalado una joven en esta casa.

—Es posible.

—Que se envuelve en un manto y lleva un pequeño sombrero.

—En efecto.

—¿Hace mucho que vive en la casa?

—Dos días.

—Un señor muy rico vendrá á hablar á usted de esa joven.

—¿Cuándo?

—Seguramente esta noche.

—Bueno.

—Es generoso, extremadamente generoso.

—Tanto mejor.

—Ya verá usted lo que dice. ¿Esa joven se llama?...

—Señorita Benedict.

Brichard hizo un gesto de asombro, pero en seguida se repuso.

—Benedict... Benedetta...—pensaba.—

La pobre ha tratado de despistarnos.

—Está bien—prosiguió.—Ya sé bastante. Silencio. Esto será para usted un buen negocio.

Antes de marcharse añadió:

—Sobre todo, no hay que hablar una palabra, y á esa joven menos que á nadie.

Y desapareció.

La señora Piot permaneció en el portal extasiada.

Estuvo á punto de gritar:

—¡Jeromo, ya somos ricos! ¡Ya le conozco!

Pero reflexionó y se detuvo.

La viuda obedeció las instrucciones del desconocido y guardó un silencio prudente.

Benedetta estaba en su habitación.

La esperanza penetraba por fin en su alma lacerada.

Pensaba en su país, en su hermana, en la tía Julia y en sus amigos Barrousse y Rabastoul, que tan inquietos debían estar por su ausencia.

Puesto que ella tenía por fin buenas noticias ¿por qué no comunicárselas?

Se decidió, y sentándose delante de su mesita, escribió lo que sigue.

«Mi pobre Marieta:

»A tí dirijo mi carta, pero es para todos.

»¡Qué incomodados debéis estar conmigo!

»Hace ya muchos meses que me separé de vuestro lado y os he dejado sufrir sin dar noticia alguna de mi situación.

»Solo una vez he escrito diciendo que no temierais nada por mí y que era muy desgraciada.

»¡Cuántas lágrimas he vertido!

»Sin embargo, he tenido alguna suerte.

»Una anciana señora que vino conmigo en el ferrocarril, me dió una recomendación, y con su ayuda pude encontrar una colocación en una tienda de ropa blanca.

»¿Por qué descender á ciertos detalles?

»Demasiado te puedes hacer cargo.

»Al poco tiempo tuve necesidad de dejar la tienda. Se acercaba el momento en que iba á ser madre. Había economizado céntimo á céntimo lo poco que ganaba para aquel trance supremo.

»Tuve que refugiarme en casa de una mujer que gana su vida asistiendo á las que se encuentran en mi caso.

»¡Ay, querida Marieta, si tú supieras!

»Allí he pasado algunas semanas, cuyo recuerdo no se apartará nunca de mi memoria.

»¡Cuánta miseria, cuántos dolores, cuántas lágrimas, sin contar las mias!

»¡Las faltas se expian muy cruelmente!

»Por fin llegó el momento supremo.

»¡Tuve un hijo! ¡Un pobre niño, raquítico, inocente del crimen de su padre!

»Yo hubiera debido odiarlo, pero me encontré sin fuerzas para ello.

»Hacia algunos meses que le sentía vivir en mí, y á despecho de mis penas, á pesar de mis humillaciones, me acostumbré á querer á aquel pequeño ser que se formaba con mi carne y con mi sangre; hubiera sido un crimen enorme abandonarle.

»Sin embargo, á causa de mi extre-

ma debilidad me era imposible criarle.

»La buena mujer que me asistió me prestó un último servicio.

»Me procuró una nodriza, una buena mujer. viuda, y con un relativo bienestar que se encargó de criar á mi hijo.

»Para pagar la primera mensualidad tuve que emplear el último resto de mis ahorros.

»Después, sola, débil y abandonada, he creído morir de debilidad, por falta de recursos.

»Después, el cielo ha querido que encuentre un protector desinteresado, y gracias á él tengo casa, tengo trabajo y me he visto libre de la muerte, que creía inevitable.

»Tú le conoces, es el señor de Caussedé, aquel bearnés, siempre alegre, siempre cariñoso, que suele ir á Luchon todos los veranos.

»Adios, mi querida Marieta, abraza á la tía Julia y á nuestros buenos amigos, á quien tanto quiero.

»Escribeme.

»Seré feliz al tener noticias vuestras y del país.

»Pero no me hables de Juan.

»Quiero olvidar todo lo pasado.

»Tu pobre,

»BENEDETTA.

»P. D. Vivo en la calle de Visconti, número catorce. Me llamo la señorita Be-

nedict. Creo que me busca el hombre que me ha perdido, y no quiero volverle á ver.»

Después puso el sobre:

SEÑORITA MARIETA SOUBERE

MARIGNAC (LUCHON)

ALTO GARONA

Bajó á echar la carta al correo y volvió á su casa á las ocho próximamente de la noche.

La señora Piot estaba en la puerta.

—¿La ha sentado bien el paseo?—preguntó á su inquilina.

—Muy bien, sí, señora.

—¿Y va usted á volver á salir?

—¡Oh! no, esta noche no.

—¿Necesita usted alguna cosa?

—Nada, muchas gracias.

—Ya sabe usted que no necesita más que dar una voz.

La señora Piot estaba insinuante, azucarada, como un confite.

La joven se retiró sin preguntarse la causa de tanta oficiosidad.

Apenas había llegado á su habitación cuando la viuda se presentó.

Llevaba una sopera humeante que exhalaba muy agradable olor y un plato con un trozo de carne asada.

—Tome usted—dijo—es usted muy considerada y no se atreve á pedirme nada;

pero yo me acuerdo de usted; el señor marqués me ha encargado mucho que no carezca usted de nada. Esto la sentará mejor que esos guisotes que la dan por ahí fuera.

¿Cómo resistir?

Benedetta, emocionada por las atenciones de la portera, aceptó, dándole las gracias con sentidas palabras.

Después de cambiar algunas frases sin importancia, la viuda se retiró oyendo nuevas palabras de agradecimiento de la joven.

Cerrada la puerta y terminada la cena, Benedetta quedó asomada á su ventana.

Podrían ser las nueve de la noche.

El cielo, de una intensa serenidad, estaba cuajado de estrellas.

La joven estaba casi alegre.

Pensaba en su carta que corría hacia los Pirineos, llevando á su hermana y á sus amigos noticias que debían llenarlos de júbilo.

Lentamente se iba sintiendo acometida por el sueño. Ya empezaba á desabrochar su vestido, cuando la pareció sentir pasos en el corredor, y que una voz de mujer, decía muy bajo esta sola palabra:

—¡Allí!

Al mismo tiempo llamaron á su puerta débilmente.

La joven se arregló la ropa, se acercó á la puerta y abrió.

A la vista del hombre que entraba, Benedetta dió un paso atrás.

Era el barón Isaac Mosés.

Benedetta se vió acometida de un temblor general, cubriendo su rostro al propio tiempo una espantosa palidez.

Este espanto no se escapó á la mirada penetrante del banquero.

Cerró tranquilamente la puerta, y aproximándose á la joven, la dijo:

—¿La causo á usted miedo, mi querida niña? En verdad que no es esa mi intención.

Su voz trataba de ser cariñosa. Adoptaba entonaciones paternales.

Y añadió:

—Vengo á pedir á usted un momento de atención. Hace mucho tiempo que lo deseo.

Benedetta se resignó.

Con el corazón oprimido por los presentimientos, el pecho palpitante y los labios apretados, retrocedió hasta el extremo de la habitación y se dispuso á escuchar.

—¿Me reconoce usted?—dijo el barón al cabo de un instante.

—Sin duda; usted es el barón Mosés.

—Precisamente. ¿Hace mucho tiempo que está usted en París?

—Algunos meses.

—¿Y ha oído usted pronunciar mi nombre alguna vez?

—Muchas.

—¿Y qué idea despierta en usted?

—Una amarga sonrisa crispó los labios de Benedetta,

—No solamente he oído hablar de usted, sino que le he visto.

—¿En San Felipe de Roule?

—Sí.

—¿Y qué?

—El nombre despierta en mi la idea de una riqueza inmensa, el rostro me causa una impresión de espanto.

—¡Ah!

—¿Por qué preguntarme? ¿No vió usted lo que entonces pasó?

—Vi una joven desmayada—dijo el barón siempre tranquilo.—Es uno de esos accidentes sin importancia que ocurren con harta frecuencia.

—Si aquella joven perdió el conocimiento—repuso Benedetta—fué porque el rostro de usted la recordó un terrible suceso, una escena odiosa...

—¿La puede usted explicar?

—No se apartará de mi memoria. Esta escena—dijo la joven—ha envenenado mi vida.

—¿Y eso pasó...

—En mi país. Una noche fui sujeta, aprisionada, transportada no sé dónde, á Luchón sin duda. Allí fui víctima de un innoble atentado. ¡Estaba dormida! Por un momento me desperté...

—¿Y vió usted?

—Una habitación magnífica, casi sumida en la oscuridad, y delante de mí, de pie derecho, un hombre. ¡Se parecía mucho á usted! Cuando le vi en la iglesia de San Felipe, oscura como aquella habitación,

mi visión reapareció y á duras penas pude sofocar un grito. ¿Necesitaré decirlo todo?

—Si usted quiere...

—¡Al mismo tiempo sentí dentro de mí el primer estremecimiento de un nuevo ser! Hasta entonces abrigaba alguna esperanza de salvación. ¡Esta esperanza acababa de desvanecerse! Estaba perdida, perdida sin remedio.

—Es muy dramático lo que usted me cuenta.

—Después, en mi país comprendí que no podría ocultar mucho tiempo mi vergüenza. Mis lágrimas, mis sufrimientos me denunciaban. No quise seguir engañando á mi prometido, y una noche desaparecí.

—¿En noviembre?

—Sí; anduve cuatro leguas sobre la nieve, en medio de una tormenta horrible. Luego, por la mañana, tomé el tren en Montrejeau...

—Ya lo sabía—interrumpió el judío.

La joven levantó la cabeza. Sus miradas se cruzaron con la hostilidad con que se cruzan dos espadas en un desafío.

Benedetta continuó; pero sus dudas, si acaso las tenía, acababan de disiparse.

El barón Mosès era el enemigo.

Ella era la víctima, él el verdugo.

—Después llegué á París. Aquí he sufrido todos los dolores que pueden atormentar á una mujer. Una vez he creído morir de hambre.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo más esperanzas; he encontrado una colocación.

—¿Buena?

—Lo suficiente para mí que solo deseo vivir, no con la esperanza de ser feliz, que ya la he perdido, sino con la idea de salvar á mi hijo, que adoro á pesar de que ha causado mi desgracia.

—¿Un hijo?

—Sí.

—¿Y se llama?

—Como el hombre honrado que me ha dado el ser y que me vengaría si viviera.

—¿El capitán Soubére?

—Sí, el capitán Soubére.

En las palabras de la joven se traslucía una enérgica decisión de poner en claro todo lo que había de misterioso en su desgracia.

—Tranquilícese usted, hija mía,—dijo el barón con mayor dulzura, á medida que su víctima mostraba más irritación.—Si hay crímenes que una mujer puede perdonar, el que se ha cometido con usted es uno de ellos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ha sido inspirado por el amor.

—¿Y el amor puede causar tantas desdichas?

El banquero se aproximó y siguió hablando más bajo.

—Es usted soberanamente hermosa; pero no podrá comprender los deseos que una mujer como usted puede inspirar á

un hombre. ¡Avasalladores, irresistibles!

—¿Y puede haber deseo que disculpe semejante infamia?

—¡Cómo se conoce que está usted ignorante de lo que es la vida!

—¡La vida!—exclamó Benedetta con violencia.—¡La he experimentado bien tristemente!

El barón Mosés se aproximó más todavía.

—Si el culpable—añadió—se llegase á usted y la dijera: Sí, yo te he hecho verter muchas lágrimas; pero ahora quiero enjugarlas. ¡Si, he cometido un crimen; pero ahora quiero repararlo! Si la dijera: ¡Tú has sufrido, tú has carecido de todo; pero ahora te ofrezco un palacio, te rodearé de lujo, te colmaré de riquezas tales, que serás la envidia de todas las mujeres, aun de las más poderosas del mundo, ¿qué respondería usted?

La joven guardó silencio, y el barón, creyéndola convencida, continuó:

—Si además ese hombre dijera: nunca te separarás de tu hijo; tendrás para cuidarle cuantos criados quieras, y el porvenir será para él, el de un príncipe; se verá rodeado de honores y distinciones...

Benedetta se inclinó un poco hacia el barón, y dijo con voz temblorosa:

—¿Quién podría hablarme de ese modo?

—¿Qué?

—Digo que dónde está el hombre bastante rico para ofrecerme tantos millones.

—¿Dónde?—dijo el barón, estallando de alegría.

—Sí. ¿Acaso son muchos los poderosos para poder comprar su perdón á ese precio?

—¿Qué importa el número? Basta que haya uno.

—Y ese hombre le tengo delante, ¿verdad?...

—Eso es, tú lo has dicho. Aquí está dispuesto á todos los sacrificios por agradarte, resuelto á todas las locuras por conseguir tu perdón.

El rostro de la joven cambió de expresión, y su voz cambió de tono.

Sus labios se plegaron, afectando un profundo disgusto.

—¿De modo—dijo—que usted es el autor de mi desgracia?

—Sí.

—¿Y se atreve usted á confesarlo?

—¿Por qué nó?

—¿Y se llega usted hasta mí para ofrecerme, aquí, en este refugio, los mismos dones que se atrevió á ofrecerme en mi pobre casa de Marignac?

—¡Es la reparación de mi falta!

—Pues yo—añadió la joven con la mirada fija en el barón—solo tengo que decir á usted una cosa, que le odio y que, antes consentiré la miseria, las mayores humillaciones y la muerte, que consentir en aceptar nada de usted.

Al decir esto la joven se expresaba con extraordinaria energía y dejaba adivi-

nar la intensa cólera que la dominaba.

—Te equivocas—la dijo el barón tranquilamente,—tú serás mía, mía solo, porque así lo quiero. Ya ves como en Luchón te lo dije y lo cumplí.

Y abandonándose á su pasión que triunfaba al fin de su hipocresía, añadió con sus ojos fijos en los de la desgraciada:

—¡Te amo!

—¡Y yo le abomino!

—¡Lo que no hagas por tí, lo harás por tu hijo.

—Ni por él ni por mí.

—¡Es mio tanto como tuyo, acuérdate!

—Reclámeme usted y le acusaré de su crimen.

—No te atreverás.

—Haga el favor de marcharse en seguida ó llamo.

Una llama lúbrica inflamó los ojos del viejo sátiro.

—Estás soberbia — dijo; — la cólera te presta extraño atractivo.

Y trató de enlazar sus manos al talle de Benedetta; pero las facciones de la joven expresaron tal repulsión, que el barón retrocedió.

—Salga usted—repetía la joven exasperada;— salga usted ó le escupiré al rostro.

Una rabia sorda le hizo estremecer; pero sólo tuvo la duración de un relámpago.

—Adiós, hermosa niña—dijo; — pues que tú lo quieres, adiós.

Hizo un gesto de resignación, se puso los guantes lentamente, y cuando hubo terminado sus preparativos, salió, despidiéndose de la joven con una sonrisa extraña y amenazadora.

Cuando acabó de bajar la escalera encontró á la señora Piot que por instinto le alargó la mano, confiando en retirarla bien ocupada.

El banquero dejó en ella un billete de mil francos, diciendo al mismo tiempo:

—Mañana á las ocho, por la mañana, en mi casa. El portero la dejará pasar. Ya sabe usted.

—Si.

La pobre viuda no pudo hacer más que murmurar esta sílaba.

Estuvo á punto de arrojarse al suelo; pero hubiera sido una bajeza inútil, pues ya el barón había salido de la casa y se alejaba precipitadamente.

La señora Piot estaba sofocada, aturrida; tenía en su mano la fortuna, de la que ya había cogido alguna muestra.

El barón Mosés se dirigió á su carruaje, parado en la calle de Bonaparte.

Absorto en sus pensamientos, no pudo ver un hombre de mediana talla que, en el momento en que él salía de la casa de Benedetta hacía un gesto de sorpresa y se ocultaba en el hueco de una puerta cochera.

Aquel hombre era Juan Dantenac.